

Aliso

revista



Nº 19 | JUNIO 2020

JHEHO
1978



Escriben en este número de **Aliso Revista**: Silvina Pugliese, Luciana Actis, Javier Paul, Fabián Herrero, Rafaela Balbi y Cristián Pata Gómez

La ilustración de la tapa y las del interior de la revista son obras de Julián Obeid

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.

www.anaeditorial.com

📍 Ana Editorial
📷 @anaeditorial

EDITORIAL

En el medio de la pandemia buscamos la manera de poder seguir con la tarea de difundir la literatura entrerriana. Lo hacemos con cuidado, sí, pero también con la dedicación que se merece cada libro y cada texto.

En esta nueva edición de la revista presentamos varios títulos nuevos, algunos terminaron de imprimirse hace poco, cuando estaban pensados para abril y mayo. Ante la imposibilidad de hacer presentaciones, encontramos en la Web y en las redes sociales un camino que nos ayuda a la venta y a la difusión, ya lo conocíamos, pero no lo habíamos trabajado como se merecía.

En las últimas semanas comenzamos a vender nuestros libros con un grupo de mujeres de Santa Fe, se llaman (o las pueden encontrar en las redes sociales) Albergue Libros. Todos nuestros títulos, en la vecina capital provincial se pueden adquirir a través de ellas. Para nosotros es un paso importante y para las letradas entrerrianas, también.

DESPUÉS DETANTO ALCOHOL EN GEL

Un cuento de Silvina Pugliese

*A mi mamá y a su mamá, por los recuerdos.
A Jorge, por la alegría compartida.*

Habían sido las tres mejores amigas desde la adolescencia. Dos de ellas eran hermanas gemelas y la tercera, una vecina. Las tres tenían sesenta y cinco años y hacía siete meses que no se veían.

Jamás habían estado tanto tiempo aisladas, eran de visitas domingueras –el mate de las cuatro de la tarde, las facturitas dulces– y “mil cosas que contar” como decía Martín Fierro. Y para celebrar el reencuentro, decidieron almorzar –también un domingo– en la casa de la vecina, doña Eugenia, que vivía en el primer piso de un terreno construido con el esfuerzo de años y cuya planta baja ocupaba su hijo mayor. Las escaleras, dos tramos de nueve escalones cada uno, daban a la calle.

Esos siete meses habían sido duros, una eterna sucesión de días infinitos, incontables como las estrellas del cielo. Porque las tres, de más está aclararlo, conformaban uno de los grupos de riesgo de la pandemia.

Fue una de las gemelas, la más bajita, la inquieta Carolina, quien tiró al aire –del teléfono en altavoz– la propuesta:

–Después de tanto alcohol en gel, le vamos a hacer el honor al alcohol del bueno. Voy a llevar un vinito, Euge, que ni te imaginás lo rico que es.

–¿El que trajimos de Mendoza? –se entrometió Ángeles, la hermana trece minutos mayor y que siempre andaba limpia que te limpia la casa desde que vivían juntas, por viudeces compartidas.

–Claro, fue en noviembre pasado que lo compramos, cuando nos fuimos de turismo con el contingente del PAMI –suspiró pro-



fundo Carolina y se notó que la conmovía el recuerdo, aunque se repuso de inmediato y continuó—: casi llega al año de guardado y dice... —y aquí hubo un silencio porque al parecer, tenía la botella consigo, pero no veía nada sin sus anteojos—, dice... ¡no sé qué cuernos dice, el año está chiquitito y ni ahí que puedo leerlo! —y finalmente, la carcajada de Carolina hizo sonreír a su vecina, del otro lado de la línea.

—Bueno, hermanita, eso no importa. Damos fe de que es un buen producto, porque de las tres botellas que teníamos quedó esta sola y va a ser un honor abrirla para festejar el punto final de la más larga cuarentena de la Argentina.

En realidad, el aislamiento obligatorio había ido cediendo desde fines de agosto. Sin embargo, por precaución, el trío de amigas había decidido dejar pasar otros cuarenta días.

—Peor lo sufrió Jesús, cuarenta días en el desierto y sin comer —había dicho Ángeles, la más mística—. Esperemos cuarenta días más desde que el Presidente nos diga, por las dudas. Si no nos morimos antes, seríamos tontas de contagiarnos entre nosotras justo cuando termina la pandemia.

Fue entonces que, con cierta tranquilidad, las gemelas recorrieron los diez metros horizontales y los cinco verticales —veredas y escaleras— que las separaban de la reunión paradisiaca.

Eugenia las esperaba con tallarines caseros y las hermanas tocaron el timbre mostrando sus sonrisas de implantes dentales perfectos, con el vinito prometido y una enorme caja de bombones, esta última era un regalo sorpresa que no habían acordado llevar.

—Con el calor que ya hace, estaba más para traer helado, pero los bombones sirven para alargar la charla... —empezó Carolina.

—Y poder terminarla con un café que lo hago yo, a pesar de no ser la anfitriona —se ofreció Ángeles.

—¡Adelante, amigas! —y las hermanas fueron recibidas con un beso y un abrazo que estaban guardados en el corazón de Eugenia desde hacía siete meses.

Rodaron algunas lágrimas, porque se les vino encima el sufrimiento con efecto retroactivo, mezclado y aderezado con la alegría de saberse sobrevivientes.

Carolina colocó con un gesto firme y orgulloso la botella en el centro de la mesa y Eugenia pudo leer sin esfuerzo el nombre de la bodega y el tipo de uva. Era un hermoso envase de Gamba di Pernice, de vidrio impecable y con una etiqueta que remitía a la bandera de Italia y por ende, a la sagrada tierra de los antepasados.



La pasta era de excelencia, con el gustito propio de la cocina casera y que reúne en ella la pericia femenina ancestral y la experiencia de los años. Los fideos fueron bien acompañados con el vino dulce y también pasó cada vaso repetidas veces por los labios de las viejitas. El calor de octubre, la rica comida y la conversación obraron el milagro de hacer desaparecer el litro completo. Las hermanas a cada rato se servían –y la convidaban a Eugenia– y cuando la dueña de casa se levantó a buscar más pan, se dio cuenta de que estaba mareada. Bastante mareada. Sin embargo, no dijo nada y se sentó muy despacito en su silla.

Una hora después, cuando empezaron con los primeros bombones, Carolina perdió el habla y sin dar explicaciones se mudó al sofá, al lado de la mesa. Ahí se reclinó como lo habría hecho Cleopatra de no haber querido suicidarse cuando era joven y por problemas de amor. Se notaba a la legua que le pesaba la cabeza y tenía los ojos chiquitos... Ángeles, en cambio, parecía más entera y se ofreció a levantar los platos, con la esperanza de que las otras la dejaran hacer el café. Fue con paso firme hasta la mesada de la cocina y cuando se acercó al sofá, se rio de su hermana.

–Si ésta se levanta –dijo señalando con la cabeza a su gemela– seguro que empieza a caminar haciendo eses, como en las



Solo aquí puede ocurrir esto

Cuentos de Entre Ríos

Silvina Pugliese

EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com /
0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

películas de Chaplin.

–Dejá de cargarme, Ángeles, que me está empezando a doler la cabeza... –y se sentó con más énfasis sobre el sillón–. Yo no sé cómo estás tan fresca, si vos tomás siempre mucho menos que yo y esta vez hicimos las mismas recargas en cada ronda.

–Sí, es verdad –reconoció la mayor–. Tal vez sea por mi fortaleza espiritual. Vos te burlás porque soy muy rezadora y capaz que eso me ayuda.

–Claro. ¡De milagro que no estás borracha! –respondió Carolina, con un tono extraño, que no se supo si era burla o admiración.

–Bueno... bueno, chicas, la idea era pasarla bien. Dejen de discutir, estuvieron medio año encerradas juntas, se llevaron perfectamente y en la primera salida se pelean... ¡No me parece! –reflexionó Eugenia.

Las gemelas reconocieron que la querida vecina tenía razón y con un apretón de manos sellaron la paz.

–Aprovecho que la agarré del brazo y me la llevo –dijo Ángeles y amagó con levantar el cuerpo de Carolina.

–Perdón, pero será imposible que baje las escaleras si antes no hacés tu dichoso café –hipó la más pequeña.

–¿Puedo? –preguntó la hermana.

Eugenia le dijo que sí con un tono benigno y la autorizó a que dispusiera de la cocina a su antojo. Con un esfuerzo sobrehumano, también la acompañó hacia allí y mientras ella lavaba los platos con poca pericia, Ángeles preparó un humeante brebaje marrón.

Cuando quisieron darle una taza a Carolina, la encontraron dormida, resoplando con fuerza los labios y abrazada a un almohadón del color de las uvas.



Diseño gráfico y sublimación

Objetos personalizados: tazas plásticas y cerámicas, jarras, lapiceros, almohadones, set de jardín, rompecabezas, diseño de tarjetas para cumpleaños y todo tipo de eventos, adhesivos y mucho más!



Encontranos en facebook: Ideas en Remolino
Correo electrónico: ideasenremolino@gmail.com

CINE CON ACIDEZ

Una colaboración de Luciana Actis

Dos películas donde aparece Rafael Ferro

Elegí dos películas de este actor simplemente porque me gusta desde que lo vi en “Ciega a citas” y porque es padre del pendejo del momento, Lorenzo Ferro, el que hizo de Robledo Puch. También las elegí porque son pésimas y no sé escribir elogios. No soy crítica de cine, pero soy criticona. Sin más preámbulos, aquí van.

La corazonada

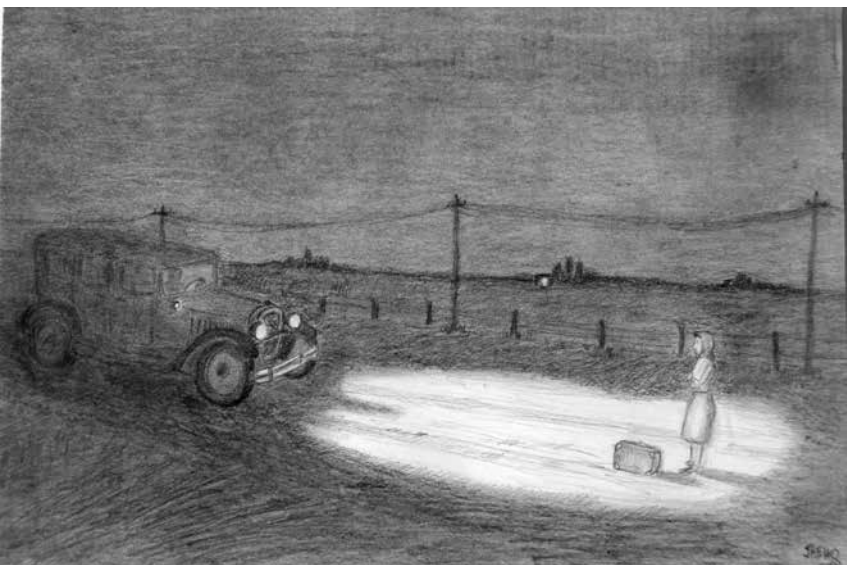
(Argentina, 2020 - Dir: Alejandro Montiel)

Actúan: Luisana Lopilato, Joaquín Furriel, Rafael Ferro, Maite Lanata.

El filme está basado en la novela de Florencia Etcheves, “La virgen en tus ojos”. No sé cuánto se ajusta la película al libro, pero empecemos por decir que la trama es una mierda. Predecible, con poco conocimiento de la realidad que pretende pintar, con personajes faltos de profundidad. Quiere dar a entender que hay varios casos relacionados, pero... male sal. El resultado es una mezcolanza de personajes que solo embarran el panorama, porque la trama era tan chata que necesitaron salpicarla por aquí y por allá para que parezca intrigante.

Segundo. ¿¿Donde viste una mujer policía con uniforme y pelo suelto?! Y que además se llama como una instagramer de San Francisco ¿Pipa? ¿¿DÓNDE?! Decime por favor porque eso me distrajo durante toda la hora y mierda que perdí mirando esta película, la primera original de Netflix producida en Argentina.

Los nombres de todos eran infumables. ¿GLORIANA? ¿MINERVA DEL VALLE? Se me atoraban los pochoclos en la garganta cada vez que Luisana Lopilato –a la que banco y con quien simpatizo– nombraba a esos personajes con cara de nada. De nada absoluta: no te das cuenta si tiene el alma muerta porque su perro fue asesinado por una banda de gatos dedicada a la compraventa



de autopartes robadas, o si su padre era un gran agente de la ley que murió en servicio, o si su madre no la dejaba ver Garfield cuando era niña. No tiene trasfondo, algo básico para que uno empatee con un personaje.

Tercero, ese cliché yanqui de policías que se pasan el día entero tratando de resolver un caso, movilizándose en sus propios autos (que además son de alta gama, nunca un Palio), que entran y salen de la morgue para discutir con el médico forense y le muestran que los “alveolos pulmonares de la occisa presentan signos de hemorragia”. Por favor, más pochoclo escupido. Ya no funciona para los yannquis, mucho menos para nosotros. Muy demodé.

Por otra parte, está genial que alcancen los estándares técnicos de Hollywood, pero no hagan cypaste sin acordarse de un pequeño detalle: idiosincrasia. Acá las cosas no son como allá, y mucho menos como las películas de allá que muestran su propia versión fantasiosa de cómo funcionan las cosas allá (no sé si me explico).

En definitiva. Ni la miren. Ni siquiera la dejen de fondo mientras cocinan. Nada.



El ataúd blanco

(Argentina, 2016 - Daniel de la Vega)

Actúan: Julieta Cardinali, Rafael Ferro, Eleonora Wexler

Aquí, el común denominador con “La corazonada” lo componen el país de procedencia, el actor Rafael Ferro y que el resultado es pésimo. A diferencia de la anterior, al comienzo es prometedora y el trabajo actoral es bastante bueno y parejo en todo el elenco. Lamentablemente, hay que trabajar mejor los guiones, muchaches.

La película promete terror gore (ese subgénero del terror donde hay sangre a rolete, huesos astillados, tripas colgando y caca desparramada por doquier) y cumple su promesa, pero eso en sí no es malo, es honesto y esperable. Lo malo aquí es la maldita necesidad de hacer retorcida la trama: da la impresión que el o la guionista quiso hacer algo intrincado, pero luego perdió la brújula y le dio un final abrupto porque ya iban como 300 páginas y no había perspectivas de llegar a ningún lado.

Resulta que una madre (Julieta Cardinali) y su hija (niña actriz que no pienso guglear) iban por la ruta, se les pincha un neumático, paran en una estación de servicio en medio de la nada y allí la nena es secuestrada. Hasta ahí, bárbaro, prometedor, intrigante. Después aparece un personaje misterioso (Rafael Ferro) que viene, da una pista de lo que puede estar pasando, le explica a Julieta en qué consiste este juego macabro en el que cayeron, y después se borra. De la nada vuelve a aparecer, tira otra punta, y de nuevo desaparece. Como el holograma de AVH. Y una empieza a oler de qué va este hombre misterioso y ubicuo. Hasta ahí, bien. El condimento paranormal es aceptable.

Pero después meten en el medio una secta que no saca ningún beneficio considerable respecto de la actividad criminal que lleva a cabo, sin embargo cuenta con la complicidad de la Policía. A eso, súmenle dos toneladas de prejuicios sobre las personas que viven en los pueblos del “interior”, y una serie de sinsentidos que arruinan la trama.

“El diablo una vez se enamoró de un tatú mulita que rechazó su cortejo romántico, entonces designó a un centinela para que vigile eternamente la tumba de Doña Amelia Gregoria Thompson. Si alguien osara ventosearse cerca de su lápida, será encerrado dentro de un ataúd blanco y sólo podrá ser liberado si su madre estrella un Torino contra el centinela. Pero debe

hacerlo a una velocidad constante de 66 kilómetros por hora y compitiendo contra las madres de otros niños pedorros que están a punto de asfixiarse con sus propios gases”. El meollo de la trama –que, como en toda mala película, es expresamente revelado– podría ser ese que puse en el entrecomillado. O no. No lo recuerdo porque la ví en 2017 y no quise tomarme la molestia de volver a verla para escribir estas líneas. Pero sepan que es algo por el estilo.

Conclusión: mirenla un rato y cuando el gran fantasma cósmico comience, pongan una de Scorsese.



EDUCACIÓN SEXUAL INTEGRAL

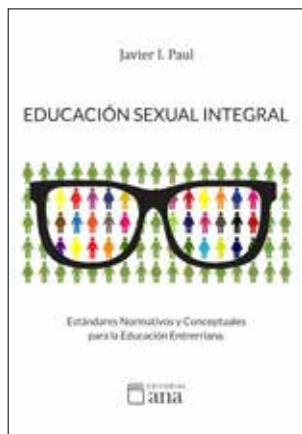
ESTÁNDARES NORMATIVOS Y CONCEPTUALES PARA LA EDUCACIÓN ENTERERRIANA

Un libro de Javier Paul

Educación Sexual Integral, *Estándares Normativos y Conceptuales para la Educación Entrerriana* (Ana Editorial, 2020) es la nueva obra de Javier Paul. El autor devela develar el deseo que lo impulsó a escribir este libro, evidenciando los estándares internacionales de la ESI para ver en perspectiva los de nuestra propia región. “Ha sido el de querer mostrar, de algún modo, que en el horizonte curricular de la ESI no se tiene por qué avizorar la amenaza del enemigo, a los enemigos hay que buscarlos y combatirlos en otra parte, allí donde realmente están”.

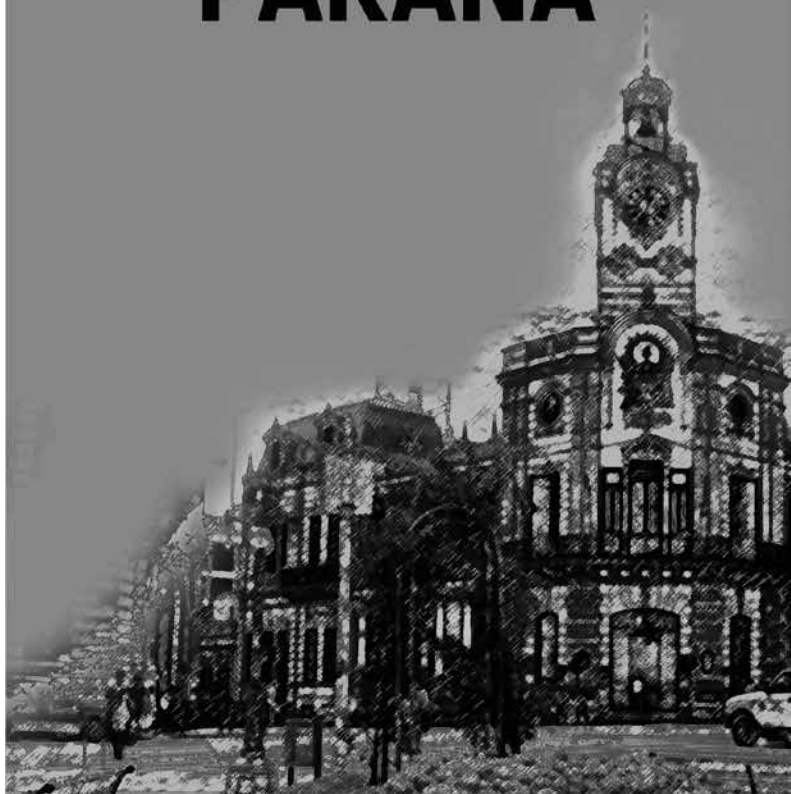
Además, sostuvo: “Pensar la ESI como una tarea educativa colectiva, en la cual todos y todas tenemos nuestra propia responsabilidad, me trae a la mente un pequeño fragmento de lo escrito por José Hernández en el Martín Fierro: “*Si entre ellos pelean los devoran los de afuera*”. También resuena en mi mente un sabio dicho popular: “*El que no junta, desparrama*”. Educar en la sexualidad y la afectividad es algo que no podríamos hacer de ningún modo si no demostramos primero que somos capaces de tender lazos que nos unan y nos cuiden en lugar de separarnos”.

Inspirado por este espíritu conciliador, cuya búsqueda incansable se nutre de la utopía de la unidad y la colaboración mutua, el autor ofrece este libro a la comunidad educativa entrerriana con la esperanza de inspirar, en quienes lean sus páginas, el compromiso de educar a las nuevas generaciones en los valores democráticos de la cultura, para legarles un futuro mejor.





MUNICIPALIDAD DE
PARANÁ





¿Pensás que todos merecen una segunda oportunidad? ¿O creés que algunos sí y otros no?

En la cárcel con mayor seguridad del mundo, sucede algo inesperado. Un grupo de jóvenes prisioneros vivirá una aventura increíble, y en su transcurso se develarán algunos secretos y las razones por la que cometieron crímenes.

Hay distintas formas de habitar el mundo y también de escapar de él. Y hay veces que, aunque no tengamos esperanza, los compañeros menos pensados son quienes nos ayudan a cambiar la visión del mundo y a construir otros nuevos.

ACERCA DEL AUTOR

Manuel Londero nació en marzo del año 2001, en Paraná, Entre Ríos. Esta ciudad es donde reside actualmente y por la que le gusta pasear ya sea caminando o en bicicleta.

Una de sus pasiones es la lectura. Empezó a escribir ficción a los 12 años y lo sigue haciendo. Esta es la primera de sus novelas que se publica.

Mientras termina la escuela secundaria, se propone nuevas metas para superarse y disfrutar de la vida.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

UNA REVISTA CULTURAL QUE RECORRE EL MUNDO

Una apuesta a la lectura

Red Mundial de Arte, sede Argentina, es el nombre de una revista virtual en la que participaron más de quince artistas y escritores de nuestro país, de México y de Chile entre otros. Este lunes, compartiremos en el Facebook de Ana Editorial el link para la descarga gratuita de la publicación.

En esta iniciativa participaron: Miriam Mancini, Abby Brown, Zachary Halfon, Walter Davenport, Paula Barouh, Pablo Felizia, José Méndez, Javier Toledo, Eduardo Mariano Lualdi, Martín Elías Müller, Daniel Lombardo, María Inés Pietrangeli con el Espacio Cultural El Zócalo y Ariel Oliveri. Poesías, cuentos, ilustraciones, artes plásticas y fotografías entre otras expresiones forman parte de la antología.



Desde Ana Editorial aportamos trabajo: César Heinitz fue el diseñador y maquetador del interior de la revista en la búsqueda de lograr una producción que se pueda leer desde todos los dispositivos electrónicos con facilidad, que cada página sea atractiva y que se resalte la obra de los artistas. La ilustración de la tapa lleva la firma de Walter Davenport y la diseñadora fue Lucía Puntín, quien también hace lo propio con las tapas de los libros de Ana Editorial.

Esta iniciativa nos puso un desafío por delante y a juzgar por el resultado, creemos estar cerca de haber encontrado un camino para la publicación digital de revistas. Sabemos que no es lo mismo leer desde una computadora o un celular que desde el papel, por eso buscamos que la facilidad de la lectura y la calidad de cada obra salten el cerco que genera una producción electrónica. El tamaño y formato de la revista, el uso y la decisión de cada color, la manera de presentar cada página, formaron parte de las discusiones; fue la calidad de los trabajos presentados lo que permitió llevar adelante la propuesta.

Para descargar la revista se puede ingresar al *Facebook/RedMundialdeArte*

La suerte de las flores

Melé Graglia



EDITORIAL
ana

La suerte de las flores

Melé Graglia

EDITORIAL
ana

www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com /
 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

EN UN MUNDO DE HOJAS Y POLVO

Del libro **Sobre la tierra** de **Fabián Herrero**
(Ana Editorial 2020)

Se derrumbó,
sobre la tierra
caliente,

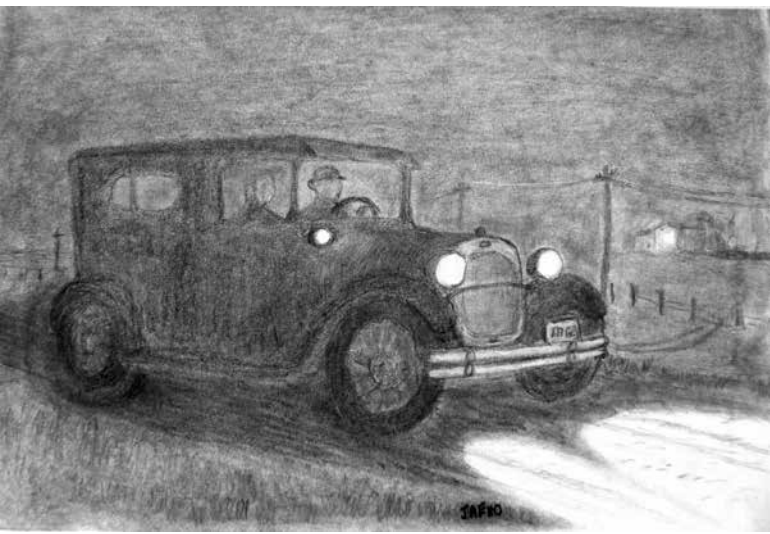
en su enloquecida
caminata,

la hormiga

que en un mundo

de hojas y polvo,
soñó
que pisó

un abismo.



CADENAS DEL PASADO

Un cuento de **Rafaela Balbi**, del libro **Misterios en el ocaso** (Ana Editorial 2020)

Mi vida había sido tranquila en su mayor parte, aunque apenas tenía recuerdos de la niñez. Mi memoria se volvía lúcida sólo cuando pensaba en un amigo de mi infancia, el único apoyo en mi triste existencia. Esperaba con ansias el fin de semana para acompañarlo a cazar a las afueras del pueblo. Al parecer, a mi madre no le importaba el hecho de que dos niños quedáramos librados a nuestra suerte, con un arma de aire comprimido en medio de la nada; ya que, el adulto que nos acompañaba se iba a trabajar a una estancia vecina, tan pronto como llegábamos al monte.

Allí, libres de cualquier mirada, atrapábamos algunos pájaros: teros, chajás y zorzales. Y otros animales, como vizcachas y yararás. Simplemente, los matábamos, sin pensar en el daño que ocasionábamos. Me fascinaba ver la sangre fluir desde dentro de mis indefensas víctimas. Éramos inocentes dentro de una realidad oscura. A veces, ya siendo mayor, en mi mente, solía retroceder a aquellos días e imaginar mis manos completamente teñidas de rojo escarlata. Y, al reaccionar, quería olvidar todo lo que me atormentaba de mi niñez.

Residíamos en un pueblo, en la ribera del río Uruguay, donde la pobreza pululaba alrededor. Todo cambió cuando me quedé solo en este mundo. Comencé a trabajar en campos aledaños, cuidando ganado o limpiando galpones y terrenos. Mi compañero fiel en esta etapa era el machete, que llevaba siempre en la mano; me gustaba ver el reflejo del sol en su hoja de acero. Él me acompañaba durante las noches que debía quedarme en esos lugares, de los cuales tengo imágenes confusas.

Los años se fueron escurriendo y me había vuelto un viejo, habiendo una casa vacía. Las jornadas nocturnas, en completa soledad, me habían cambiado. Mis brazos comenzaban a temblar, aunque, con el pasar del tiempo, me fui acostumbrando a ello. Era un anciano testarudo, frágil y aburrido; mi única distracción era perder la mirada en la belleza de las aves, que descendían a mi balcón a



comer las migajas que, a propósito, les dejaba; aquellas me devolvían a la infancia.

Odiaba los pies fríos en la mañana y mi respiración agitada por la noche. Si no hubiese sido tan quejumbroso, quisquilloso y patético, podría incluso haber tenido una familia, un trabajo, una rutina. Mi único hábito era recorrer mi departamento, comer y arreglar las cosas inútiles. Mi vida era la de un retirado que le teme a la realidad y a lo más nefasto que tiene este mundo: la sociedad. He pasado mi vejez dentro de fantasías, despegado del mundo real.

Un día como cualquier otro, mi vista se fijó en un chico. Un muchacho que se distinguía entre todos, ya que brillaba como el sol y tenía más amigos que cualquiera. Su traza me hacía recordar a cómo era yo de niño. Él, con su sola presencia, tenía el poder de hacer que me olvidara de mis penurias. Saltando baldosas de par en par, se dirigía todas las mañanas a su escuela. Su singular andar me hacía acordar a los guazunchos de mi infancia, a los cuales me



gustaba admirar antes de que desaparecieran bajo el fuego de mi implacable puntería... Algo de su inocencia me perturbaba, mientras lo observaba a través de la ventana.

Así, cada tarde, esperaba la hora que él elegía para retornar a su casa. Me atraía la idea de vigilar sus movimientos. Era como el faro que se prendía en mi existencia de impenetrables tinieblas (individuos así, con la candidez de un ciervo, ¿existían todavía?).

Él se veía como el hijo que jamás tuve, como la felicidad que nunca pude alcanzar. Si hubiésemos entablado una amistad, quizá, podría haber dicho que algo de mi mundo habría valido la pena.

Por momentos, soñaba con abrazarlo; en otros, su imagen se confundía con las visiones de los sucesos violentos del pasado, persiguiendo sin descanso a mi presa hasta que la sangre no dejaba de fluir por mis dedos. De mí, brotaba nada más que el resentimiento.

Al ver aquella criatura, a través del vidrio, no podía dejar de pensar que su única desdicha debía haber sido compartir sus caramelos. Si hubiese podido contagiarme un poco, sólo una pizca de lo que tenía adentro... de su alegría...

Aquel atardecer, como era habitual, me había sentado junto a mi ventana, a esperarlo..., a acecharlo... Lo extraño fue que no aparecía. Empecé entonces a inquietarme; se suponía que debía estar por pasar. Las horas siguieron avanzando y las patrullas de policía comenzaban a merodear con sus escandalosas sirenas.

De pronto, tocaron a la puerta. Pero yo no salí de mi silla. Sentía que mis manos estaban húmedas y mi cuerpo no podía moverse. Los agentes la tiraron abajo sin problemas; venían a buscar al muchacho. Me interrogaron; lo negué todo. Pero, de repente, bajé los ojos para observar mis palmas; estaban manchadas de sangre. Ellos intercambiaron miradas al verlas.

Mi cabeza desvarió con un par de imágenes enfermizas, salvajes. (Un ser con mi mismo aspecto y ya conocido, se había adueñado de mis actos una vez más).

Casi al mismo tiempo, pequeñas manchas rojas que se dirigían a mi refrigerador les dio la certeza: allí dentro, yacía su cuerpo.

Todo mi ser se estremeció; mi mente se inundó de preguntas sin respuestas. Un muro bloqueó mi razonamiento para no ver la realidad en la que me había sumergido.

Mientras las muñecas me dolían por las esposas, vi extraer de la caja helada mi presa. Ya no lucía como antes; ya no había ni rastro de la persona que me había encandilado tiempo atrás. Su fuego se había extinguido y el frío de la soledad me cubría una vez más.

EN LAS LIBRERÍAS

Desaparición y muerte en bicicletas rojas ya se puede conseguir en la Librería Ateneo y en Librarte del shopping La Paz de Paraná.



ACERCA DEL AUTOR

Pablo Gabriel Felizia es licenciado en Comunicación Social y fue periodista durante siete años en Diario UNO de Entre Ríos. Cuatro cuentos de su autoría fueron publicados en ese medio a modo de folletín con entregas semanales y dibujos propios.

Su primer libro es Crónicas Patrias. Es editor en Ana Editorial y para **Desaparición y muerte en bicicletas rojas** recibió una beca del Fondo Nacional de las Artes.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

EL CONSUELO DE LOS TONTOS

Un cuento del libro homónimo, de Cristián Pata Gómez

Cuando Juana salió de su casa recién remodelada irremediablemente pensó en su matrimonio de más de treinta años con su marido apático. Y esto le provocó acidez como le ocurría siempre.

Recordó aquellas temporadas felices del amor, cuando él pasaba a buscarla para cortejarla, cuando se dieron el primer beso a la salida del cine de la plaza. Intentó, mientras caminaba esquivando charcos triangulares, sentir aquella lejana sensación. La de la primera vez que hicieron el amor, la de sentirse amada y protegida. Caminaba y sacaba cuentas:

—Hace uno, dos, tres, cuatro meses que no hacemos el amor, hace cinco, seis semanas que no me pregunta cómo estoy, hace siete casi ocho años que no me dice te amo.

Cuando la acidez subió hasta la garganta y se tornó insoponible pensó a dónde iría a vivir, que sus hijos no entenderían, que a pesar de todo tenía una familia, parientes gentiles, obra social y un hombre a su lado que para su edad ya eran motivos suficientes para vivir obligadamente feliz y sin acidez.

Pensando en la seguridad que le brindaba su hogar y su entorno, entró a la iglesia.

Cuando Pedro salió de su oficina asfixiado por los negocios concretados y los por venir, se dio cuenta que no tenía a quien invitar a cenar, y el dolor en el pecho, que se asemejaba al de una daga enterrada en su corazón, apareció. Caminaba esquivando charcos rectangulares recordó los brazos de Ofelia, aquellos que lo auxiliaban y le daban abrigo, las palabras de su padre y la piel dulce de Iris. Recordó a su pequeña ciudad, la noche en que se enamoró, la fonda donde planeaba adueñarse del mundo mientras tomaba el café mágico del Turco. Para apaciguar el dolor de pecho pensó en su billetera repleta de billetes multicolores, recordó que hacía poco había cambiado su coche por otro importado, que su departamento en el Parque

Urquiza estaba tasado en más de un millón y que esos eran motivos más que suficientes para ignorar el dolor de pecho.

Pensando en lo prolífero que era su presente y en lo brillante que sería su futuro entró a la iglesia y se sentó al lado de una mujer.

Cuando Clara salió de la fábrica de corbatas caminó esquivando charcos hexagonales, el dolor de cabeza apareció y con él aquellas escenas que pasaban en su mente todos los



días. Cuando ella tocaba el arpa mientras su abuelo irlandés la escuchaba encantado, aquella tarde del concierto en la escuela en que sintió la admiración de todos los presentes y los fantásticos aplausos que eran la música perfecta para su alma. Cuando el dolor de cabeza se agigantaba empezó a pensar en su generoso sueldo, en que no tenía deudas, en que sus padres estaban orgullosos de su hija correcta y eficiente operaria. Pensó en que pronto la ascenderían y que con el aumento de su salario podría irse de vacaciones a visitar a su abuelo. Entró a la iglesia y se sentó al lado de un joven que tenía la mano apoyada sobre su pecho.

Cuando Joseph salió del estudio de televisión se topó con varias “fans” que le exigían un autógrafo y que posara para las cámaras digitales. Caminó saltando charcos semicirculares los esquivó y empezó a sentir náuseas. Recordó aquellos tiempos en que caminaba anónimamente en libertad por los bulevares húmedos, cuando actuaba en los teatros inventados en las veredas, cuando se disfrazaba de mimo y se adueñaba de Plaza Italia. Cuando el vómito ya era incontenible pensaba en su frondosa cuenta bancaria en Suiza, en los dulces beneficios de la fama, en sus diarias carnales conquistas, en que formaba parte del envidiado jet set, reprimió sus náuseas y entró a la iglesia y se sentó al lado de una mujer que se acariciaba la frente.

Cuando Jesucristo leyó sus almas y escuchó las súplicas de consuelo, empezó a sentir que las heridas volvían a abrirse y le sangraban. Entonces recordó cuando predicaba descalzo y consumaba milagros, cuando protegió a la prostituta, cuando platicaba con sus discípulos a las orillas del Jordán, cuando se regocijaba de desafiar a los poderosos. Revivió cómo sangraba profusamente y temió morir desangrado y saltó de la cruz, luego de que los clavos producto de la ira rebotaran varias veces en el piso de mármol brillante.

—Hermanos míos, la paz esté con vosotros y que Dios padre los llene de bendiciones y los proteja de todo mal. Pero yo estoy cansado de personas como ustedes, estoy harto de escuchar sus frustraciones y sus arrepentimientos —les regañó con bronca y salió corriendo hacia el hospital.

Juana, Pedro, Clara y Joseph, se limpiaron unos a otros las manchas sanguinolentas intentando consolarse y luego siguieron rezando.



senado
ENTRE RÍOS

www.senadoer.gob.ar



ERBot

Estamos conectados para cuidarte

Escribinos un Whatsapp al **(343) 6 985 515**

para recibir información oficial sobre el

Coronavirus

Podés hacer consultas, encontrar números de utilidad
y enterarte de como estamos trabajando.

